



GIORGIO OLDRINI

## LA GUERRA DE LOS POBRES

Traducido por Fausto Nagua

en colaboración con Mylene Fernández y Michela Lamagra

Giorgio Oldrini (Milán, 1946), licenciado en Letras en la Universidad Estatal de Milán. Como periodista ha realizado diversos servicios periodísticos en América Latina y fue corresponsal en Cuba para el diario *L'Unità*. También ha desempeñado el cargo de alcalde de la ciudad de Sesto y ha publicado diversos libros de cuentos. *La guerra de los pobres* es un relato incluido en *C'era una volta in America Latina* (2019).

La primera cosa que se le ocurrió fue “¿pero qué mierda tengo que ver yo con esto?” La segunda: “¿cómo es que he llegado aquí?” Pero no tenía a quien preguntarle.

El ejército subía por las laderas del Cerro de Guazapa, a pocas decenas de kilómetros de la capital, San Salvador. Un helicóptero sobrevolaba la colina y de sus puertas abiertas salían dos enormes ametralladoras. “Ellos vienen muy a menudo para alejarnos. Les da mucha rabia que nosotros, los rebeldes del Farabundo Martí, hayamos tomado una posición tan cercana a la capital, donde hay embajadas y espías, periodistas y organizaciones internacionales. El simple rumor de nuestra presencia desmiente sus campañas propagandísticas sobre la derrota de la guerrilla”, le explicaba el joven entre una bomba y otra. Pero para él este argumento no era de gran ayuda. Más efectiva resultó la frase que le dijo después. “Cinquenta metros más allá hay una cueva, es un túnel bastante seguro. Métete ahí, yo te llevo”. Era aquel “bastante” lo que lo ponía nervioso porque parecía trazar una línea incierta entre su vida y su muerte. Los guerrilleros contraatacaban, y sobre todo trataban de derribar el helicóptero, o al menos alejarlo. “¿Por qué he venido aquí?”, se repetía a sí mismo mientras trataba de llegar a ese refugio “bastante” seguro, mientras los silbidos y estallidos, los gritos de dolor y de amenaza se mezclaban en su cabeza y a su alrededor.

Un par de meses antes le habían propuesto. “¿Quieres pasar algunos días con la guerrilla de El Salvador para hacer un reportaje?”.

Él le había pedido permiso al director del periódico donde trabajaba. Pero sabía que lo más probable era que nunca recibiera una respuesta, debido a los problemas de comunicación y las barreras culturales de ese entonces que separaban la pacífica Europa de aquella parte de América latina en guerra.

Así que había decidido por sí mismo. “Está bien. ¿Cuándo parto?”, había preguntado. “Espera, te avisamos nosotros”. Al final todo había sido rápido. En el avión a El Salvador estaba sentado cerca de dos chicas de la capital. “Hemos estado algunos días en Ciudad de México. Bella, pero muy violenta, hay que evitar algunos barrios incluso de día y por la noche es mejor moverse siempre en grupo”. Él había retorcido los ojos. “Pero ustedes tienen una guerra civil que dura desde hace años y todas las mañanas se encuentran cadáveres despedazados en diferentes partes del país, incluso en la capital”. “Ah, pero esos son solo los pobres que se matan entre ellos”, había respondido tranquilamente una de las jóvenes, claramente no pobre. “Y de todas maneras el ejército y la policía nos protegen”, había



concluido en modo decidido. En el fondo, él esperaba no tener que recurrir a ese tipo de protección. No estaba seguro que fueran un elemento de tranquilidad para quien tenía relaciones con la guerrilla.

En San Salvador se había alojado en un buen hotel que era uno de los pocos centros de vida y de actividad económica del país. “Quédate en el hotel mientras no vengan a llamarte. Y allí evita hablar demasiado con quien quiera conversar contigo. Probablemente es un espía”, lo había instruido el taxista (¿falso?) que lo había llevado del aeropuerto al hotel. “Una de estas mañanas vendrá una chica a buscarte. Finge sentirte atraído por la aventura sexual que te ofrecerá. Pero no te equivoques de chica, a veces llegan putas de verdad a buscar un cliente que pague en dólares”. Había esperado solamente dos días, luego se presentó una prostituta (¿falsa?) que lo invitó a subir a un taxi hasta las afueras de la ciudad. “Bueno”, dijo ella mientras entraba en una casita con jardín. “Nadie nos ha seguido. Ahora espera aquí a que vengan a recogerte” y se fue en el taxi (¿falso?). Después de un par de horas llegaron dos chicos: “Vamos, habrá que caminar mucho, pero veo que tienes buenos zapatos y me dicen que estás acostumbrado a andar por senderos de montaña. Por lo que me han contado, ustedes en Italia también tienen montañas”. Al inicio el grupito había caminado rápidamente por una ruta secundaria. Luego habían tomado un sendero cuesta arriba, cuando estaba oscureciendo. “Ahora ten cuidado y quédate quieto, vamos a pasar cerca de un pueblo donde hay una estación de policía”. “Yo”, había dicho el jefe, “me adelanto, ustedes síganme. Si veo peligro, regreso o hago ruido”. Pero no había sucedido nada, “incluso los de la milicia duermen. Luz verde”, había dicho en la más total oscuridad antes de que los demás lo alcanzaran.

De repente se habían topado con un grupo de guerrilleros armados, y él se había asustado muchísimo. “Son nuestros, no te preocupes. De hecho, si quieres podemos quedarnos aquí a descansar y comer arroz con frijoles negros”. La vegetación a la luz del amanecer parecía extraña, hermosa en algunos puntos, incendiada en otros, como enormes quemaduras que lastimaban la ladera de la montaña. “Para sacarnos de aquí, esos de la aviación y del ejército, nos bombardean periódicamente. Pero al fin y al cabo seguimos aquí, y muy firmes”, había dicho con orgullo el jefe. Él se había dado cuenta que bajo la tensión y el miedo se escondía un discreto apetito y había comido con gusto el plato de arroz con frijoles negros que le habían brindado, reprimiendo sus ganas de pedir más para no privar de esa comida frugal a un guerrillero mucho más delgado y hambriento que él y sin ninguna posibilidad de sentarse a una mesa de verdad y bien surtida.

“Vamos”, había dicho firmemente el jefe después de un par de horas, cuando el sol ya estaba alto. De vez en cuando encontraban a lo largo del camino grupos de guerrilleros, todos jovencitos y jovencitas con armas que parecían mucho más grandes que ellos.

Luego de atravesar el pueblito de Suchitoto llegaron a la cima, a la Comandancia. Rafael era el jefe de ese destacamento estratégico, aunque era solo unos años mayor que sus niños guerrilleros. “Bienvenido, los Comandantes nos han dicho que tú eres un periodista italiano que va a estar aquí algunos días para luego hablar en Europa acerca de nuestra vida y la lucha que llevamos a cabo. Sabes que podrían atacarnos en cualquier momento, como sucede regularmente. Y si eso pasara, tú sigue a Carlos, es el compañero que te ayudará todo el tiempo”.

Él había mirado a su guía, pensando que quizás tenía solo dieciséis años. La idea de poner su vida en las manos de un adolescente no lo tranquilizaba mucho. Pero no tenía alternativas.

Durante dos días todo estuvo tranquilo, levantarse temprano, marcha y ejercicios físicos, lecciones de política y economía, pruebas de combate, labores para construir o ampliar refugios en caso de ataques del ejército. Las chicas también practicaban todo junto a sus compañeros, incluso los ejercicios más duros. Pero en el campamento había un clima más



bien alegre, y él tuvo la impresión de que se tratase casi de un juego, si no fuera por esas escopetas amenazadoras que se veían por todos lados y por esas comidas frugales y siempre iguales. Arroz, frijoles negros, un poco de verdura y, en el mejor de los casos, huevos.

El tercer día por la mañana se desató el infierno. El primero en aparecer fue el helicóptero que siempre permanecía encima de sus cabezas, enorme insecto agresivo y rumoroso. Luego por la parte de abajo del Cerro se oyeron disparos de escopetas o ametralladoras. Los guerrilleros subían con dificultad pero rápidamente. “Llegan sobre todo de Suchitoto”, informó a Rafael el primer grupo. Carlos lo tomó de un brazo y lo invitó a seguirlo hacia el refugio bastante seguro.

Él pensó absurdamente en sus juegos de guerra de niño. Recordó aquella vez que mientras disparaba con su fusil de madera a Riccardo, que a su vez respondía con la voz con un “ratatata”, había gritado “Te he disparado, estás muerto”, y el otro había contestado: “Cada uno de nosotros tiene diez vidas”. “No, solo cinco”, había dicho Nicola y la batalla había sido suspendida para decidir de cuántas vidas disponía cada uno. Pero ahora no, todos sabían que cada uno tenía solo una vida, la suya, y se la estaba jugando en un conflicto de verdad. Mientras trataba de llegar al túnel pensó que la mente humana era muy extraña.

Tan extraña que en ese momento él pasaba del terror a una especie de ruptura con la realidad. Estaba tan asustado que no lograba completar el trayecto que lo separaba de una salvación quizás solo hipotética, a la frialdad de examinar lo que sucedía como si él fuera un observador ajeno, y no uno que estuviera arriesgando su vida. “¿Y esto que mierda tiene que ver conmigo? Por qué me he dejado convencer para venir aquí, y encima sin que ni siquiera el director del periódico me haya respondido”.

Se le ocurrió una locura: ¿cómo habrían tomado en la redacción la noticia de su muerte en un combate no autorizado? Sin duda el director, un tipo valiente, habría informado inmediatamente que él nunca había dado el permiso para esa misión peligrosa. La culpa es de aquel imprudente, impulsivo, enamorado de una América Latina salvaje, aún entre guerrillas y dictadores.

Lo peor fue cuando desde el helicóptero comenzaron a disparar con las ametralladoras. Un rumor ensordecedor que se agregaba y multiplicaba el de los motores. Un rumor que a duras penas cubría los gritos de dolor y los insultos de las víctimas de esa especie de tiro al blanco. En las filas de los guerrilleros hubo un poco de desorientación, los disparos llegaban de todas partes. Muchos corrían hacia los escondites que habían sido excavados previamente, pequeñas cuevas y trincheras, desde las cuales respondían al fuego de los soldados que subían por las laderas.

Alguien disparaba hacia el helicóptero, mientras se entreveía que desde abajo avanzaba el ejército desde Suchitoto, entre disparos de metralletas y escopetas. A esas alturas él estaba aterrorizado, sentía que su corazón latía fortísimo y sus piernas, como petrificadas, no se querían mover. Se dio cuenta que incluso entre los agresores había un momento de tregua, porque los guerrilleros que habían preparado las defensas lograban responder sin parar con sus armas e intuía que los militares sufrían bajas y se habían vuelto más prudentes.

Pero el problema más urgente era el helicóptero y mientras Carlos lo empujaba por la fuerza al túnel, vio saltar por los aires los cuerpos de dos muchachos, cubiertos de sangre. Él volvió a asomarse a la entrada de ese refugio “bastante” seguro, pero no para observar lo que estaba sucediendo. Se había dejado dominar por una rabia incontrolable, un odio implacable hacia ese helicóptero, y su modo tan desigual de combatir. Los pilotos allá arriba dando vueltas y disparando. Ellos abajo, víctimas indefensas. Sin pensarlo, recogió la metralleta que se le había caído de las manos ensangrentadas a uno de los chicos muertos



y disparó como loco hacia el cielo. Nunca antes había agarrado una ametralladora, sabía a duras penas cuál era el gatillo y el culatazo casi lo tiró al suelo, mientras Carlos lo llevaba de nuevo adentro, rodeado por el ruido de la explosión de las bombas y el crepitar de las ametralladoras del helicóptero. Gritos, llantos, y ese constante rumor de metrallas que desde lo alto marcaban el terreno y los cuerpos. Adentro, su joven tutor lo miró con desaprobación y admiración: “¿Estas loco? No hubieras podido atacarlo nunca, está demasiado alto. Casi te matan. Y encima, por nada. ¿Tú sabes cómo se habría enfadado conmigo Rafael, si te hubieran matado?”

De algún lugar apareció una pequeña bazuca que uno de los guerrilleros comenzó a apuntar hacia el helicóptero. El primer disparo falló, pero convenció al piloto a alejarse un poco del Cerro. El segundo tiro centró la cola del avispón mecánico que comenzó a perder estabilidad para luego estrellarse al pie de la montaña con un ruido ensordecedor. Y desde lo alto se podía ver que el humo y las llamas devoraban metal y hombres a unos pocos cientos de metros.

Todo quedó en silencio. El ruido de las armas cesó. Como si quisiera permitir a todos escuchar lo que estaba sucediendo a la aeronave y sus ocupantes, una tregua espontánea extendió un manto de silencio respetuoso sobre esas muertes, mientras desde abajo se escuchaban los estallidos de las bombas y municiones que estaban en el helicóptero abatido.

Se escucharon aún algunos disparos, el ejército se estaba retirando. “Se van, el ataque al helicóptero ha sido demasiado fuerte e inesperado”, comentó Rafael. “No sabían que desde hace algunos días tenemos este lanzacohetes portátil. Se van, pero tarde o temprano regresarán”. Los cadáveres de los chicos fueron recogidos, puestos en orden y llevados al cementerio, mientras uno de los guerrilleros trataba de curar a los heridos. “Es un doctor, está con nosotros desde hace algunos meses. Es valioso, aunque dispone de medios muy limitados”. Se escuchó un grito de victoria que tenía más de desahogo que de satisfacción. Habían muerto dos chicos, compañeros de lucha desde el inicio, amigos de muchos de los que estaban ahí protegiendo el Cerro.

Al día siguiente Rafael se le acercó. “Has visto quiénes somos y qué hacemos, has asistido a un ataque del ejército y has podido ver cómo los hemos expulsado. Carlos dice que para colmo también has disparado. Ahora puedes regresar a tu casa, al diario y contar que nosotros quisiéramos vivir en paz. Tenemos derecho a ello”.

Los dos chicos que lo habían traído lo acompañaron al regreso. Un día más tarde él entró al hotel, mientras que en distintos puntos de la ciudad seguramente estaban aún recogiendo los cadáveres de la noche anterior. “Pero al final son solo los pobres que se matan entre ellos”, como había dicho la chica en el avión.

En la recepción retiró la llave de su habitación, y el encargado lo miró con una sonrisa complice. “¿Cómo era la chica?” “Muy vivaz y apasionante”, respondió él. “Aquí en El Salvador somos capaces de ofrecer fuertes emociones. Y no solamente las mujeres”, comentó el encargado de la recepción (¿O era también otra cosa?).

Algunos días después, cuando envió su artículo al periódico, el director lo felicitó. “Muy buen trabajo, y en exclusiva”, dijo desde el otro lado de un teléfono que funcionaba tan mal que él ni siquiera intentó recordarle que había partido sin su consentimiento. Tampoco tuvo ganas de preguntarle qué habría dicho si lo hubiesen matado en el Cerro de Guazapa.